

## *Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española\**

Michael Seidman

University of North Carolina Wilmington

Fecha de aceptación definitiva: septiembre de 2007

**Resumen:** «Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española» de Michael Seidman, sostiene que los nacionales fueron militar y logísticamente más competentes que sus enemigos, los republicanos, y que sus compañeros contrarrevolucionarios del siglo XX, los rusos blancos y los nacionalistas chinos. Esta afirmación se basa en la historia social de la Guerra que se centra en las experiencias de los soldados rasos de los ejércitos de ambos bandos. Los soldados republicanos se sintieron poco leales a un gobierno que era incapaz de cumplir el «contrato no escrito» de cubrir las necesidades básicas de su población. Mientras que, por el contrario los nacionales, relativamente bien abastecidos mediante una política económica interna eficiente, pudieron conservar la lealtad y disciplina de sus tropas.

**Palabras clave:** experiencias personales de soldados, Guerra Civil española, rusos blancos, chinos nacionalistas, historia social, lealtad.

**Abstract:** Michael Seidman, «Soldiers' Experiences of the Spanish Civil War,» asserts that the Nationalists were logistically and militarily more competent than either their Republican enemies or their 20<sup>th</sup> century counter-revolutionary counterparts-the Russian Whites and the Chinese Nationalists. This assessment is based upon a social history of warfare that concentrates on the experiences of rank-and-file soldiers in both armies. Republican soldiers felt little loyalty to a government which was unable to fulfill its «unwritten contract» to supply its population with basic necessities. In contrast, the relatively well-furnished Spanish Nationalists, whose domestic political economy functioned effectively, were able to keep the loyalty of their forces and sufficiently discipline them.

**Key words:** soldiers' experiences, Spanish Civil War, russian whites, chinese nationalists, social history, loyalty.

---

\* Traducción de Luis Arias González.

La experiencia puede ser colectiva, pero es necesariamente personal. Un examen de las experiencias (en este caso, el plural está puesto con toda intención) se muestra como una manera muy valiosa para integrar varias clases de historia. La historia social e individual, la cultural y la material, la sexual y la de género, la política y la religiosa todas pueden ser acogidas bajo este concepto cuya definición es «la observación actual de hechos o acontecimientos», «ensayos» y «tentativas». Centrarse en la experiencia tendrá así más que ver con la existencia cotidiana diaria que con los resultados de la guerras, es decir, ganar o perder, que han sido la materia principal de la historia militar tradicional. Sin embargo, últimamente, la experiencia no puede dissociarse de los resultados porque las experiencias negativas o positivas de los soldados afectan de forma indudable a su efectividad en el combate.

De manera general, los trabajos sobre la Guerra generalmente no habían tenido en cuenta la experiencia hasta que en la segunda mitad del siglo XX una serie de pioneros historiadores americanos y británicos, como Bell Irvin Wiley y John Keegan, comenzaron a profundizar en la historia social de la Guerra<sup>1</sup>. Keegan, con quién estaré siempre en deuda permanente, se refería siempre a la experiencia utilizando el término en singular. Para que sean útiles, desde un punto de vista analítico, las experiencias deben ser descompuestas entre sus componentes básicos y luego sintetizadas en la medida de lo posible estableciendo las conexiones de causa-efecto pertinentes. Las siguientes páginas se adscribirán a un materialismo histórico tal vez no muy de moda en estos días (dominados por la omnipresente historia cultural) que parte de las experiencias corporales sobre sólidos y líquidos —comida, bebida, ropa y sexo— para luego trascender a lo cultural y a las variadas formas de lo espiritual, bien sea el ámbito religioso o político. Desde luego, la experiencia de la guerra no es sólo la del combate, aunque éste no pueda ser ignorado por constituir la prueba definitiva de las experiencias materiales y físicas de los soldados. La experiencia de la batalla es mucho más, porque comprende no sólo el territorio concreto de la vida y la muerte, también el dominio subjetivo del pensamiento y de los afectos.

Las experiencias de los soldados nacionales y republicanos diferían significativamente considerando la cantidad, la calidad y la regularidad de los suministros. En general, los soldados nacionales estuvieron mucho mejor alimentados que sus

---

<sup>1</sup> WILEY, Bell Irvin: *The Life of Johnny Reb: The Common Soldier of the Confederacy*, Indianapolis, The Bobbs-Merrill Company, 1943; KEEGAN, John: *The Face of Battle*, New York, Penguin, 1983; CARLTON, Charles: *Going to the Wars: The Experience of the British Civil Wars, 1638-1651*, London/ New York, Routledge, Chapman and Hall, 1992; HOLMES, Richard: *Acts of War: The Behaviour of Men in Battle*, New York, The Free Press, 1985; ASHWORTH, Tony: *Trench Warfare, 1914-18: The Live and Let Live System*, London, Macmillan, 1980; LINDERMAN, Gerald F.: *Embattled Courage: The Experience of Combat in the American Civil War*, New York, The Free Press, 1987.

homólogos republicanos<sup>2</sup>. Las razones para esta diferencia no pueden ser totalmente desarrolladas en este artículo pero están directamente relacionadas con las diferentes políticas económicas de ambas zonas. Para proteger los intereses de su base urbana, la República impuso controles en los precios sobre los alimentos y otros productos, pero estas tasas actuaron como desincentivos para los agricultores y las colectividades agrícolas. Además, la inflación en la zona republicana hizo que los productores rurales se mostraran reacios a aceptar el papel moneda «rojo». Por último, las tropas del Ejército Popular fueron menos disciplinadas y más saqueadoras que sus homólogos nacionales, de ahí la tendencia creciente de los campesinos a acaparar sus comestibles. En contraste, durante la mayor parte del conflicto, los controles de precios en el bando nacional no desanimaron a los productores agrícolas y la inflación estuvo extraordinariamente limitada. Hubo suficiente comida a disposición de los soldados y de la población civil del bando de Franco.

El fracaso de la República en abastecer a sus ciudadanos hizo que muchos de la zona republicana tuvieran la sensación de que su Gobierno incumplía el «contrato» que le unía al pueblo. Este sentimiento, cada vez más extendido, de un «contrato roto» liberó a los soldados y a los civiles, a la vez, de cualquier obligación hacia un régimen que se mostraba incapaz de alimentarles a un precio razonable<sup>3</sup>. Una dieta inadecuada extendió las plagas del hambre y las enfermedades entre las filas republicanas. Problemas logísticos graves hicieron también que los hospitales republicanos no cuidaran convenientemente a enfermos y heridos. Aunque estuvieran muy censuradas, las cartas enviadas desde los hogares contando las penurias y la falta de medios para cubrir las necesidades básicas influyeron y desmoralizaron a los soldados de la República destinados en el frente.

Las desertiones y la indiferencia con la causa republicana estuvieron a la orden del día. Similares respuestas se pueden encontrar en otras guerras civiles —como la rusa o la china— donde la falta de disponibilidad de alimentos motivó hambrunas, enfermedad, alienación y apatía entre los combatientes y los habitantes civiles tanto bolcheviques, como rusos blancos o chinos nacionalistas. Al igual que sus homólogos chinos y rusos, los milicianos republicanos y los soldados regulares dedicaron mucho tiempo en busca de provisiones, bien fuera mediante el mercado negro, el pillaje o el saqueo. A menudo, consideraban a los campesinos

---

<sup>2</sup> Las miserables raciones de comida han tenido que limitar los deseos de sacrificarse por la causa republicana. A pesar de las ambiciosas recomendaciones de oficiales, los soldados de la 37ª Brigada Mixta, acuartelados cerca de Madrid, recibían 20 grs. de carne, 40 de aceite, 20 de azúcar y 10 de sal en noviembre de 1937. Por el contrario, los soldados nacionales en 1937, tenían como ración diaria habitual 200 grs. de carne, 60 de aceite, 50 de azúcar y 15 de sal. Los soldados nacionales estaban mejor alimentados y con alimentos de todos los grupos básicos, excepto de los vegetales secos como las alubias.

<sup>3</sup> HOLMES, Richard: *Acts of War... op. cit.*, bajo el «contrato roto».

nos de los alrededores como unos acaparadores y por tanto un objetivo fácil y justificado para aquellos que tenían armas que les permitían satisfacer sus apetitos. Los robos y los ataques indispusieron a los campesinos que o bien ocultaron sus excedentes o volvieron a una producción estrictamente autosuficiente, abocando así a las masas republicanas al hambre.

Los contrarrevolucionarios limitaron el pillaje mucho más que sus enemigos los republicanos. Los falangistas y los guardias civiles se apropiaron de lo que quisieron de los campesinos izquierdistas diciéndoles «España o pagaréis» o «presentarle a Azaña el recibo»<sup>4</sup>. En el primer año de la Guerra, a los legionarios y a los regulares (las tropas marroquíes) se les permitía saquear las casas abandonadas —presumiblemente, sus ocupantes «comunistas» habrían huido a la zona «roja»— en las primeras veinticuatro o cuarenta y ocho horas tras ser ocupado el lugar<sup>5</sup>. De hecho, miles de moros alistados en los ejércitos de Franco lo hicieron bajo un contrato no escrito que les permitiría llevar a cabo sus prácticas habituales de pillaje y violaciones<sup>6</sup>. Algunos oficiales españoles toleraron la violencia sexual contra las mujeres; mientras que en otras ocasiones, mandaron ejecutar a los africanos que violaron a españolas<sup>7</sup>. Cerca de Mérida, se constató la violación de republicanas previa a su ejecución<sup>8</sup>. El marroquí que alcanzó un rango militar más alto en el ejército de Franco —Mohammed ben Mizziam ben Kasem, más conocido como El Mizzian— nunca negó que cuarenta de sus hombres violaron y asesinaron colectivamente a dos jóvenes «rojas»<sup>9</sup>.

Los republicanos acusaron a los moros de saquear iglesias, pero éstos estaban más interesados en robar mercancías que sus compañeros pudieran comprarles después<sup>10</sup>. De hecho, ellos podían vender comida, ropa, zapatos, relojes, cubiertos, joyas, anillos, dientes de oro, etc. en sus numerosos mercadillos (*zocos moros*) o a los vivanderos y cantineros que acompañaban a las tropas<sup>11</sup>. El tabaco y los

<sup>4</sup> DOMINGO, Alfonso: *Retaguardia: La Guerra Civil tras los frentes*, Madrid, Oberón, 2004, pp. 229 y 354.

<sup>5</sup> THOMAS, Frank y STRADLING, Robert (ed.): *Brother against Brother: Experiences of a British Volunteer in the Spanish Civil War*, Phoenix Mill, Sutton, 1998, p. 58; STRADLING, Robert: *The Irish and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1999, p. 68.

<sup>6</sup> BALFOUR, Sebastian: *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, New York, Oxford University Press, 2002, p. 254; CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006, p. 433.

<sup>7</sup> BALFOUR, Sebastian: *Deadly Embrace: Morocco... op. cit.*, pp. 292-293; ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana durante la Guerra civil: la España nacional*, Barcelona, Planeta, 1973, p. 294.

<sup>8</sup> DOMINGO, Alfonso: *Retaguardia: La Guerra... op. cit.*, p. 184.

<sup>9</sup> MADARIAGA, M.<sup>a</sup> Rosa de: *Los moros que trajo Franco: La intervención de tropas coloniales en la guerra civil española*, Barcelona, Martínez Roca, 2002, p. 313.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 303-304 y 316. Es cierto que los objetos de oro y plata podían haber atraído su atención, aunque lo complicado era cómo vender luego estos objetos religiosos.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 198 y 305; BALFOUR, Sebastian: *Deadly Embrace: Morocco... op. cit.*, p. 254.

licores fuertes eran los artículos más populares<sup>12</sup>. Mientras que los moros saqueaban a fondo a los refugiados huidos a la zona nacional, los desertores que abandonaban el bando republicano procuraban, siempre que podían, entregarse únicamente a sus propios paisanos<sup>13</sup>. Desde luego, el pillaje existía de una forma ofensiva pero los agricultores asumían con buena disposición que los soldados nacionales compraran sus mercancías y estaban más que dispuestos a aceptar la moneda nacional<sup>14</sup>. Como a las violaciones, al pillaje también se le puso límite. A veces, se prohibió el robo a las tropas nacionales bajo pena de muerte<sup>15</sup>. El robo de las propiedades de un soldado estaba severamente castigado<sup>16</sup>.

Los soldados nacionales tuvieron menos necesidad de saquear puesto que recibieron un suministro suficiente de calorías. Los carlistas, entre los más leales luchadores de Franco, consideraban algo sagrado sus comidas y creían que habían resistido a sus enemigos liberales en el siglo XIX debido a que estaban mejor alimentados<sup>17</sup>. Sabían que una buena comida refuerza los lazos comunitarios. Estas prácticas se extendieron por el ejército nacional. En octubre de 1936, cuando un anticomunista, el británico Frank Thomas, llegó a Salamanca en tren desde Lisboa dispuesto a luchar como voluntario a favor de los insurgentes, sus compañeros de viaje en el vagón de tercera clase le ofrecieron un desayuno abundante y gratuito con carne, queso y vino<sup>18</sup>. La disponibilidad de carne y pescado se puede atribuir no sólo al control nacional de las provincias costeras ricas en ganado, como Galicia, sino también a una política económica que permitió al ejército nacional aprovecharse de la ausencia de demanda de grandes áreas urbanas bajo control republicano<sup>19</sup>. El ejército nacional sustituyó a las grandes ciudades como mercado consumidor de los productos alimenticios en conserva producidos en Galicia, La Rioja y Navarra. Sus otros productos básicos alimenticios fueron el pan, los embutidos y el tocino. «La continuidad y la normalidad de las existencias económicas resulta especialmente evidente en el coste de la vida y en el salario medio. La riqueza del bando nacional en abastecimientos y la falta de inflación, hizo posible el mantener, e incluso disminuir,

---

<sup>12</sup> STRADLING, Robert: *The Irish and...* *op. cit.*, p. 68.

<sup>13</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* *op. cit.*, p. 133.

<sup>14</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* *op. cit.*, pp. 72, 87 y 105.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 58.

<sup>16</sup> CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra...* *op. cit.*, p. 173.

<sup>17</sup> UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 281.

<sup>18</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* *op. cit.*, p. 43.

<sup>19</sup> MARTÍNEZ LÓPEZ, Alberte: «La ganadería gallega durante el primer franquismo: crónica de un tiempo perdido, 1936-1960,» *Historia Agraria*, 20 (2000), p. 198; MARTÍNEZ LÓPEZ, Alberte: *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1995, pp. 172-173.

el coste de la vida»<sup>20</sup>. «A pesar de que España padeció durante casi un año una Guerra Civil de caracteres terriblemente amargos, la vida en aquellas zonas... dominadas por las tropas de Franco aún sigue un curso relativamente normal»<sup>21</sup>.

Los nacionales dejaron demostrada su superioridad tanto en los suministros sólidos como líquidos. La Intendencia de Franco parece haber hecho exitosos esfuerzos para abastecer a sus soldados con platos regionales, comidas calientes y bebidas alcohólicas durante los periodos de mal tiempo y frío<sup>22</sup>. Los soldados nacionales recibían suministros de café y vino —a pesar de que la República tenía considerable ventaja en la posesión de los viñedos— de una forma mucho más regular que los soldados republicanos<sup>23</sup>. Para ciertos soldados nacionales, el alcohol resultó ser demasiado asequible. Algunos se desinhibieron tanto mientras estaban ebrios que llegaron a dar voces de «¡Viva la República!» y hasta insultaron al propio Franco. El suceso terminó en prisión e incluso en ejecución<sup>24</sup>. Las fuerzas republicanas tuvieron un acceso mucho más difícil a estos estimulantes<sup>25</sup>. Sólo las unidades republicanas de elite podían jactarse de su habilidad para proveer de café caliente y coñac a sus tropas<sup>26</sup>. El recurso a las bebidas alcohólicas a menudo supone también un cierto apoyo a la moral de las tropas. Los soldados de muchas guerras han reconocido que el beber les inicia y refuerza en, lo que los términos sociológicos, se denomina el grupo primario. La cafeína y el alcohol han ayudado a muchos a estimularse, y el conflicto español no será una excepción a esta regla. En las trincheras nacionales se decía que la mejor preparación para las ofensivas era el «González Byass»<sup>27</sup>. Las tropas bautizaron el coñac con el nombre de *saltaparapetos*<sup>28</sup>. Los legionarios y otras tropas recibían por lo común una botella de brandy por pelotón (entre 16-20 hombres) durante las noches frías<sup>29</sup>.

<sup>20</sup> *One Year of War, 1936-1937*, New York, Paulist Press, [1937], citado en ESENWEIN, George R.: *The Spanish Civil War: A Modern Tragedy*, New York/London, Routledge, 2005, p. 115.

<sup>21</sup> *British Documents on Foreign Affairs*, citado en G. R. Esenwein, *The Spanish Civil... op. cit.*, p. 116.

<sup>22</sup> *Mando*. 1-IX-1938 y 15-X-1938, Zona Nacional (de aquí en adelante ZN): a. 43, l. 11, c. 93 y c. 101. Archivo General Militar (de aquí en adelante AGM); Minuta: sf, ZN, a. 41, l. 3, c. 23. AGM; ARAGÓN, Bartolomé: *Con la Intendencia militar de las Gloriosas Brigadas Navarras*, Madrid, Imprenta de Patronato de Huérfanos de Intendencia, 1940, pp. 310-313; COLMEGNA, Héctor: *Diario de un médico argentino en la guerra de España, 1936-1939*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1941, pp. 54-58, 108 y 206.

<sup>23</sup> MINISTERIO DE AGRICULTURA: *Estadística de cereales y leguminosas*, Barcelona, 1938.

<sup>24</sup> CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra...* op. cit., p. 266.

<sup>25</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 150.

<sup>26</sup> LISTER, Enrique: *Nuestra Guerra*, Paris, Libr. du Globe, 1966, p. 117.

<sup>27</sup> CIERVA, Ricardo de la: *Historia ilustrada de la Guerra civil española*, 2 vols., Barcelona, Danac, 1977, vol. 1, p. 487.

<sup>28</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires el puente: Memoria oral de la batalla del Ebro*, Madrid, Aguilar, 2004, p. 84.

<sup>29</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* op. cit., p. 106; RAMÓN, Manuel de y ORTIZ, Carmen: *Madrina de guerra: Cartas desde el frente*, Madrid, La esfera de los libros, 2003, p. 187.

El vestuario también reflejaba a veces la superioridad de los nacionales. El sistema de distribución republicano de la ropa fue incapaz de dotar a sus tropas de verdaderos uniformes que ayudan a formar el necesario *sprit de corps* e intimida a los enemigos tanto reales como potenciales. Algunas unidades republicanas llegaron egoístamente a acumular un exceso de vestuario, obligando a otras a ir medio desnudas o mal calzadas en el invierno de 1936-1937. Un experto criticó como ineficaz y excesivamente descentralizado el servicio del cuartel general de las fuerzas vascas. «La demanda de alimentos era exagerada... hasta el punto de que por cada fusil que hacía fuego, había dos bocas por alimentar. El derroche de comida y ropa era algo exagerado. Los intermediarios fueron tan numerosos que en muchas ocasiones los alimentos no llegaban jamás a los combatientes»<sup>30</sup>. De la misma manera, los civiles en Asturias estaban mal alimentados por culpa del derroche y la corrupción imperantes<sup>31</sup>.

Las dificultades organizativas para alimentar y vestir al Ejército Popular desconazonaron hasta a los delegados políticos de la 44ª División en el sector Mediana-Quinto-Azaila del frente de Aragón<sup>32</sup>. En el otoño de 1937, los problemas más serios de salud eran el reumatismo agudo causado por vivir entre el fango y por las penosas condiciones de los refugios para dormir, los problemas intestinales debidos al consumo de alimentos en mal estado y los resfriados<sup>33</sup>. El jefe de los oficiales médicos solicitó que se diera a las tropas un periodo de descanso y recuperación en la retaguardia. Sólo ocho doctores, de los veintiuno necesarios, se ocuparon de la División entera. Resultaba muy difícil encontrar cirujanos competentes porque la mayoría de los facultativos se habían alineado con los sublevados<sup>34</sup>. La principal ventaja de esta desorganización médica fue que los doctores tuvieron un grado de autonomía total para hacer experimentos sin obstáculos burocráticos<sup>35</sup>.

A mediados de invierno, la situación había empeorado. Muchos soldados no tenían ni mantas ni abrigos puesto que las habían desechado durante el tiempo cálido<sup>36</sup>. Una «plaga» de parásitos —especialmente pulgas y piojos— infectó a casi

---

<sup>30</sup> «Informe», 21-V-1937, Barcelona 1568. Archivo Histórico Nacional-Sección Guerra Civil (de aquí en adelante AHN-SGC).

<sup>31</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Por qué fuimos vencidos*, Madrid, Prensa española, 1974, p. 114.

<sup>32</sup> *Acta*, 9-X-1937, Aragón R 1. AHN-SGC.

<sup>33</sup> *Sanidad*, 22-XI-1937, Aragón R 1. AHN-SGC.

<sup>34</sup> *Informe*, 23-XI-1937, Aragón R 1. AHN-SGC; VILA IZQUIERDO, Justo: *Extremadura: La Guerra Civil*. Badajoz, Universitas Editorial, 1984, p. 133; LÍSTER, Enrique: *Nuestra Guerra... op. cit.*, p. 283, nota que incluso muchos médicos competentes que fueron leales a la República tenían una ideología política de derechas.

<sup>35</sup> BROGGI I VALLES, Moisés: «Progressos efectuats per la sanitat militar en el curs de la guerra civil espanyola (1936-39)», en M. Broggi i Valles, J. Termes i Ardevol y P. Vilar, *Cinquantenari de la guerra civil espanyola, 1936-1986*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1986, pp. 22-23.

<sup>36</sup> «Acta», 18-XII-1937, Aragón 1 R. AGM; sobre el cambio de abrigos, ver HERRICK, William: *Jumping the Line: The Adventures and Misadventures of an American Radical*, Madison, University of Wisconsin Press, 1998, p. 156.



todos los hombres de uniforme. Los bichos no respetaron los rangos. Como ya afirmó un soldado de la Primera Guerra Mundial, «estábamos asediados por un picor que resultaba apenas soportable excepto cuando el terror era capaz de amortiguar todos los malestares corporales»<sup>37</sup>. La falta de jabón y agua limpia hacía muy difícil el lavarse y era casi imposible curar los males de la piel puesto que los hombres no podían mudar o desinfectar su ropa interior<sup>38</sup>. Bastante diferente fue la experiencia de un médico argentino que servía con los insurgentes<sup>39</sup>. Su *bandera* de 800 hombres era mensualmente inspeccionada a la búsqueda de parásitos y enfermedades venéreas. Recibían una muda semanal. Un periodista alemán simpatizante de los nacionalistas contaba como las activistas de la Falange zurcían ropas, las lavaban y enviaban cigarrillos por correo a los soldados del frente por toda la Península<sup>40</sup>.

Las vicisitudes materiales de una unidad carlista catalana también destinada en el frente de Aragón contrastaban radicalmente con las del enemigo<sup>41</sup>. Tras las desvadoras batallas de Belchite y Codo de agosto y septiembre de 1937, la unidad comenzó a reagruparse y reorganizarse en Zaragoza. Aparentemente, los salarios de los soldados daban para frecuentar las tabernas, conseguir una rodaja de sandía en el zoco moruno del centro de la ciudad y acudir al cine. Se olvida a menudo que la paga es un poderoso incentivo no sólo para los mercenarios sino también para los soldados ideológicamente más comprometidos<sup>42</sup>. Los nacionales pagaban a sus soldados tres pesetas diariamente y añadían una peseta extra por cada niño que tuvieran a su cargo los reclutas<sup>43</sup>. Los salarios militares se financiaron con los impuestos sobre el lujo y no acuñando más moneda como pasó en el bando republicano.

Los carlistas fueron destinados a una pequeña ciudad, Canfranc, en los Altos Pirineos. Abastecidos por mulos, los soldados se acuartelaron y establecieron muy buena relación con los lugareños que apreciaron la compensación dada por los requetés a cambio de las ovejas que consumían<sup>44</sup>. Los vecinos equiparon a los

<sup>37</sup> Recogido en HOLMES, Richard: *Acts of War...* *op. cit.*, p. 112.

<sup>38</sup> Problemas similares ocurrieron en el Ejército Rojo durante la Guerra civil rusa. Ver FIGES, Orlando: «The Red Army and Mass Mobilization during the Russian Civil War, 1918-1920,» *Past and Present*, 129 (noviembre 1990), p. 193.

<sup>39</sup> COLMEGNA, Héctor: *Diario de un...* *op. cit.*, p. 54.

<sup>40</sup> SCHEMPF, Otto: *Das Autoritäre Spanien*, Leipzig, Wilhelm Goldmann, 1939, p. 107.

<sup>41</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat*, Barcelona, 1992, p. 286. Aunque contiene excelente información sobre la vida cotidiana, este texto hagiográfico debe ser usado con precaución y contrastado con los trabajos académicos de UGARTE, Javier, CORRAL, Pedro y ARÓSTEGUI Julio: *Los combatientes carlistas en la Guerra civil española 1936-1939*, 2 vols. Madrid, 1991.

<sup>42</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* *op. cit.*, p. 104.

<sup>43</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* *op. cit.*, p. 199.

<sup>44</sup> Mucho del párrafo siguiente está basado en NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* *op. cit.*, pp. 289-332.



hombres con calzado y abrigos apropiados para el tiempo de invierno y ellos lo devolvieron cuando se marcharon al ser destinados a Torres de Berrallán (Zaragoza). Allí, retornaron de nuevo a la pacífica rutina anterior a la batalla de Codo —desayuno, instrucción, comida copiosa, devociones religiosas, cena opípara, cama—. Un recluta decía que comía mucho mejor en su unidad de lo que lo había hecho nunca en su casa de Barcelona. Fiestas religiosas, como la de la Purísima Concepción del 8 de diciembre, se acompañaban con comidas de varios platos y bebidas tras la cena. La Nochebuena se celebró en las casas de los habitantes y, como en otras ocasiones, las Margaritas —nombre de las pertenecientes a la agrupación femenina carlista— les aprovisionaron de coñac, turrón, mermelada, galletas, chocolate, tabaco y papel de liar. Los legionarios también tuvieron aquel día menús extraordinarios en la comida y en la cena<sup>45</sup>. Para mantener buenas relaciones entre los lugareños y los soldados, el jefe de la unidad ordenó que los paisanos fueran indemnizados de inmediato por cualquier robo o daño cometido por sus hombres, cuya paga era reducida correspondientemente por cualquier infracción causada.

En enero de 1938, los *requetés* encontraron su nuevo destino, Mazarete (Guadalajara), mucho menos hospitalario y con una población «más roja que nuestras boinas» que se negaba a auxiliarles con alimentos o con ropas. Como respuesta, algunos soldados comenzaron a robar ovejas y otros ganados, «errores gastronómicos» que fueron rápidamente sancionados por su jefe militar. Este respeto absoluto hacia la propiedad privada puso de su lado a los propietarios locales. El panadero dijo al chofer del jefe de la unidad que apreciaba mucho el pronto pago por sus bienes que habían hecho los *requetés*. La devoción religiosa seguida de grandes banquetes ayudó a romper el aburrimiento del invierno castellano. Lo mismo que los envíos desde casa y los paquetes enviados por las «madrinas de guerra» a sus «ahijados» que contenían tabaco, comida en latas, chorizo, chocolate y hasta alguna prenda de abrigo como chaquetas o jerséis y escapularios del Sagrado Corazón. Una madrina fue tan generosa con su ahijado que le envió latas de leche condensada, cortaplumas, una flauta, papel de escribir, y sobres; cuando su ahijado tuvo que afrontar unas deudas de juego llegó a jugarse hasta el nombre y la dirección de esta mujer. Perdió y el ganador escribió a su nueva madrina pidiéndole educadamente que le aceptase como nuevo ahijado. Las madrinas no sólo enviaban artículos de lujo sino también abrigos para el invierno y calzado que a menudo no estaban disponibles incluso aunque los soldados nacionales estuvieran mejor equipados que sus contrarios. La República experimentó durante un corto espacio de tiempo un programa de amadrinamiento pero fue interrumpido porque las autoridades temían que la

---

<sup>45</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother... op. cit.*, p. 82.

información sobre la penosa situación de la retaguardia podría desmoralizar a los soldados del frente<sup>46</sup>.

El alto grado de la moral de los requetés, que a menudo fueron empleados como tropas de choque, se reflejaba en su constante gusto por cantar —a veces estimulado por el consumo significativo de vino— sus temas favoritos de raíz local, regional, religiosa y nacional, incluyendo el *Oriamendi* (el himno carlista), la *Marcha Nacional*, el *Himno triunfante de Montejurra* y otras *canciones clásicas de la Cruzada*<sup>47</sup>. «Se cantaba como en San Fermín y se bebía como en San Fermín»<sup>48</sup>. Los cánticos carlistas se hacían eco de sus tradiciones sobre la religión y el rey. Los cánticos y oraciones católicos desmoralizaban a los creyentes enrolados en el ejército republicano e incluso animaron a unos pocos a desertar<sup>49</sup>. La Legión entonaba su «soy el novio de la Muerte», los himnos de marcha y cantares más o menos groseros acompañados a veces por organilleros de la propia unidad<sup>50</sup>. El Tercio de Montserrat tenía sus propias melodías catalanas (*El Virolai*, *L'emigrant*, y *L'Ampudà*)<sup>51</sup>. Durante la campaña de Bilbao en junio de 1937, tras una comida simple pero caliente —carne, patatas y mermelada casera— los carlistas navarros cantaron sobre su pueblo «feliz», Berbinzana, y las «flores y la nata» de su región<sup>52</sup>. Otras celebraciones de victoria menos formales —como la de Bárcena de Pie de Concha (Cantabria) de agosto de 1937— se acompañaron de intensos y prolongados cánticos apoyados de nuevo en cantidades ingentes de vino. Durante estas fiestas, un camión cargado de melocotones, ciruelas, peras y melones de distintas variedades llegó desde Navarra, en esa clase de apoyo local que tanto hizo por elevar la moral de las tropas. La Falange, desde luego tenía su *Cara al Sol*. En febrero de 1937, Franco firmó un decreto reponiendo la *Marcha Real* (*Marcha de Granaderos*) como himno nacional y declarando el *Cara al Sol*, el *Oriamendi* y la *Canción del Legionario*, «himnos nacionales» en cuya entona-

<sup>46</sup> GÁLVEZ MUÑOZ, Lina: «Produciendo para la revolución y produciendo para la reacción: Trabajo y guerra civil», en P. Martín Aceña y E. Martínez Ruiz (eds.), *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 474; RAMÓN, Manuel de y ORTIZ, Carmen: *Madrina de guerra... op. cit.*, p. 62.

<sup>47</sup> CÍA NAVASCUÉS, Policarpo: *Memorias del Tercio de Montejurra*, Pamplona, La Acción Social, 1941, pp. 127, 235, 237, 290 y 307; UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga... op. cit.*, pp. 124, 148, 154, 280 y 299; ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana... op. cit.*, p. 29.

<sup>48</sup> Recogido en UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga... op. cit.*, p. 299.

<sup>49</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 163; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio... op. cit.*, p. 446.

<sup>50</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana... op. cit.*, p. 45; THOMAS, Frank: *Brother against Brother... op. cit.*, p. 61.

<sup>51</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, p. 161; CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 163; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio... op. cit.*, pp. 430-431.

<sup>52</sup> CÍA NAVASCUÉS, Policarpo: *Memorias del Tercio... op. cit.*, p. 148.

ción se obligaba a todos los asistentes a participar<sup>53</sup>. Los legionarios de la Legión Cóndor importaron su propio *Fliegermarsch*<sup>54</sup>.

Los socialistas y comunistas cantaban la *Internacional* y los anarquistas el menos conocido de *A las barricadas*<sup>55</sup>. Los vascos eran devotos del *Euzkogudariak gara*<sup>56</sup>. Durante la batalla del Ebro, los soldados republicanos entonaban *Aunque me tires el Puente* y *Si me quieres escribir*<sup>57</sup>. Las Brigadas Internacionales cantaron sus propios temas —la francesa *La Carmagnole* y la americana *Valley of the Jarama*<sup>58</sup>. Cantar o rezar juntos reforzaba el espíritu colectivo y la confianza en la unidad y los vínculos espirituales reforzaban un pasado de guerras religiosas o de luchas socio-políticas<sup>59</sup>. Cantar también ayudaba a soportar el tedio y el aburrimiento de los tiempos muertos del frente. Algunas coplas resaltaban los beneficios del martirio; otras expresaban un desafío hacia la muerte entre el humor y el machismo:

«Si la Guerra dura mucho  
Y son fuertes los combates,  
Han de valer las mujeres  
Al precio de los tomates».

Por norma general, los soldados nacionales parecían haberse implicado en más rituales —fueran éstos religiosos o militares— que sus homólogos republicanos más partidarios de la inventiva y de lo informal. Las ceremonias republicanas y los uniformes parecen siempre más variados y menos estandarizados<sup>60</sup>. La zona nacional ha sido mucho más conocida por su grado de militarización externa<sup>61</sup>. Las canciones de ambos bandos reflejan una sociedad en la que el predominio de los medios de comunicación de masa más comerciales no habían conseguido eliminar las tradiciones rurales de la música folclórica de carácter participativo.

Para satisfacer el apetito sexual, los soldados de ambos bandos recurrieron a las prostitutas. En el Madrid republicano, los soldados ignoraron la propaganda que les advertía de que no frecuentasen a las profesionales del placer. Al estallar la Guerra, se dijo que las prostitutas se habían unido de manera entusiasta a las milicias populares, aunque pronto se las acusó de seguir los dictados del fascis-

---

<sup>53</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* op. cit., p. 211.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 286.

<sup>55</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 489; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., p. 639.

<sup>56</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* op. cit., p. 262.

<sup>57</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 15; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., p. 339.

<sup>58</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* op. cit., p. 15.

<sup>59</sup> UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga...* op. cit., pp. 183 y 200-201.

<sup>60</sup> CIERVA, Ricardo de la: *Historia ilustrada de...* op. cit., vol. 1, p. 491.

<sup>61</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* op. cit., p. 48.

mo, por vender sus cuerpos a los camaradas. Las mujeres de la vida ejercieron una poderosísima atracción sobre los soldados del Ejército Popular, al principio tan bien pagados. Los militantes socialistas lamentaban que en una época en que la gasolina y el transporte público eran desesperadamente necesarios para el esfuerzo de guerra, largas colas de vehículos esperaban su turno en los suburbios de «la inmoralidad»<sup>62</sup>. De estos encuentros con «ladronas y espías», los soldados republicanos se contagiarían de enfermedades que a algunos les dejarían fuera de combate durante más tiempo que las propias heridas de guerra. Como en la guerra civil rusa, el número de prostitutas aumentó de manera significativa en las grandes ciudades<sup>63</sup>.

En el contexto de quietud del frente de Aragón en 1936, no es sorprendente que algunos observadores informaran de que la «presencia de prostitutas... causó más bajas que las balas enemigas»<sup>64</sup>. El legendario anarquista Buenaventura Durruti se vio obligado a utilizar un camión que llevara de vuelta a Barcelona a las profesionales del sexo para que no «destruyeran a más jóvenes» durante más tiempo<sup>65</sup>. El 5º Regimiento vio debilitada la reputación de su integridad y superioridad moral al dar cuenta del grave problema que en sus filas entrañaban las enfermedades venéreas<sup>66</sup>. En la zona nacional, también la prostitución creció considerablemente<sup>67</sup>. Los *Regulares* iban acompañados por sus propias profesionales del placer procedentes de Marruecos, y otras unidades combatientes en el frente tuvieron sus propios servicios de cariñosas mujeres sin miedo<sup>68</sup>. A los oficiales se les ordenó que tolerasen la práctica de sodomía entre los marroquíes<sup>69</sup>. Sorprendentemente, algunas proletarias del placer de la capital del bando nacional expresaron un antifascismo al estilo de Lisístrata. Las señoras que trabajaban en la casa «La Luisa», emplazada justo detrás de la famosa

<sup>62</sup> *Claridad* (4-III-1937).

<sup>63</sup> NASH, Mary: *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*, Denver, Arden Press, 1995, p. 156; CLEUGH, James: *Furia española*, Barcelona, Planeta, 1963, p. 100.

<sup>64</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1970, pp. 65-97. Ver también GABRIEL, José: *La vida y la muerte en Aragón*, Buenos Aires, Imán, 1938, pp. 26-27; BORKENAU, Franz: *The Spanish Cockpit*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1963, pp. 100-101. Algunas prostitutas resultaron ser buenas luchadoras y enfermeras. Ver AROCA SARDAGNA, José M.ª: *Las Tribus*, Barcelona, Acerbo, 1972, p. 104. Los nacionales, desde luego, acusaron igualmente a las mujeres republicanas de ser ninfómanas o lesbianas. Ver VALLEJO NÁGERA, Antonio: *La locura y la guerra*, Valladolid, Librería Santander, 1939, p. 225. Sobre el tranquilo frente de Aragón, ver ORWELL, George: *Homage to Catalonia*, New York/London, 1980; y BOLLOTTEN, Burnett: *The Spanish Civil War: Revolution and Counter-Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991, p. 258.

<sup>65</sup> GABRIEL, José: *La vida y... op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>66</sup> CASTRO DELGADO, Enrique: *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Caralt, 1963.

<sup>67</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana... op. cit.*, pp. 129 y 325.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 346.

<sup>69</sup> CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra... op. cit.*, p. 435.

catedral de Burgos, se mostraron totalmente hostiles a los aviadores sublevados que frecuentaban su burdel<sup>70</sup>.

Las experiencias formativas fueron muy distintas en cada bando. En el bando nacional, los criterios de admisión y promoción para la instrucción de oficiales fueron mucho más selectivos<sup>71</sup>. Los insurgentes escogieron sus candidatos para oficiales de graduados universitarios que a menudo tenían un origen rural); mientras que los republicanos los reclutaron entre los milicianos y otros combatientes con bajos niveles educativos o, incluso, sin formación básica alguna que les permitiera poder seguir los cursillos de oficiales<sup>72</sup>. Según un observador británico,

«la defensa a ultranza fue el motivo principal que las circunstancias impusieron a los republicanos al comenzar la Guerra. No obstante, cuando pasó el tiempo, llegaron a alcanzar una igualdad respecto a los efectivos humanos y hasta quizás una superioridad con respecto al material de guerra [*sic*]. Pero estas mejoras no les movieron a cambiar su posición de defensiva a ultranza a una ofensiva sostenida durante los dos años y medio posteriores de la Guerra. Su principal inconveniente parecía ser que, de los jefes de brigada hacia abajo, había una falta total de mandos militares bien formados»<sup>73</sup>.

No obstante, el soldado raso republicano sospechaba que las personas con cierta educación integradas en sus filas podían ser «fascistas» encubiertos<sup>74</sup>. En claro contraste con las guerras civiles rusa y china, donde la burguesía estaba muy poco dispuesta al sacrificio, la victoria de los contrarrevolucionarios españoles fue el triunfo de los varones de clase media<sup>75</sup>. Los nacionales instituyeron un eficaz programa para formar *alféreces provisionales*<sup>76</sup>. Éstos fueron reclutados entre los estudiantes universitarios con menos de treinta años y, al menos, dos meses de experiencia en el frente<sup>77</sup>. Un periodista alemán les llamó las «estrellas fugaces» cuyas vidas se quemaban rápida y heroicamente<sup>78</sup>. A pesar de su altísima mortalidad, los candidatos a alféreces y sargentos provisionales fueron innumerables<sup>79</sup>. Se establecieron eventualmente veintidós academias, y desde octubre de 1936 a

---

<sup>70</sup> *Información*, 20-I-1937, ZN, a. 31, l. 9, c. 4. AGM.

<sup>71</sup> GÁRATE CÓRDOBA, José M.<sup>a</sup>: *Alféreces provisionales*, Madrid, 1976, p. 192.

<sup>72</sup> CARDONA, Gabriel: *Historia militar de una guerra civil: Estrategia y tácticas de la guerra de España*, Barcelona, Flor del viento, 2006, p. 199.

<sup>73</sup> *British Documents on Foreign Affairs*, recogido en G. R. Esenwein, *The Spanish Civil... op. cit.*, p. 235; THOMAS, Frank: *Brother against Brother... op. cit.*, p. 12, señala que la instrucción dada por los nacionales a los nuevos reclutas en los primeros meses de la Guerra, fue mínima.

<sup>74</sup> AROCA SARDAGNA, José M.<sup>a</sup>: *Las Tribus... op. cit.*, p. 27.

<sup>75</sup> VER FIGES, Orlando: *A People's Tragedy: A History of the Russian Revolution*, New York, Viking, 1996, p. 556.

<sup>76</sup> PAYNE, Stanley: *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford/London, University Press and Oxford University Press, 1967, pp. 388-389.

<sup>77</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana... op. cit.*, p. 161.

<sup>78</sup> SCHEMPF, Otto: *Das Autoritäre Spanien... op. cit.*, p. 65.

<sup>79</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana... op. cit.*, p. 161.

mayo de 1937, el programa consiguió formar a más de 5.000 alféreces. Al final de la Guerra, el total llegó casi a los 23.000. Sus bajas fueron las mayores de todas las categorías militares. Como los oficiales confederados de la Guerra Civil americana o los oficiales británicos de la Primera Guerra Mundial, su generosa contribución de sangre aseguró la lealtad de sus hombres<sup>80</sup>.

Las potencias fascistas proporcionaron un eficaz entrenamiento a sus aliados, si bien este aspecto de la guerra fue menos visible y menos brutal que el infame bombardeo de ciudades por la Legión Cóndor y la fuerza aérea italiana<sup>81</sup>. Los alemanes, que nunca llegaron a superar los 5.000 efectivos en España durante el conflicto y, en menor extensión, los italianos, fijaron el modelo de instrucción en el bando nacional<sup>82</sup>.

«El corresponsal de Reuter considera que la ayuda alemana ha sido probablemente superior en cantidad y ciertamente mejor en calidad que la italiana... A mediados de octubre, el general Franco tenía a su disposición un contingente de setenta y siete «instructores» alemanes con dieciocho potentes tanques»<sup>83</sup>.

El ejército alemán había ganado una bien merecida reputación por su excelente educación militar, y sus consejeros formaron aproximadamente a 56.000 jóvenes oficiales profesionales y de complemento<sup>84</sup>.

Utilizando los asesores extranjeros, Franco hizo de la instrucción de oficiales subalternos una de sus máximas prioridades<sup>85</sup>. El general Orgaz, el encargado en jefe de este programa de instrucción de oficiales, elogió a los *provisionales* por ser los primeros en enfrentarse al fuego enemigo<sup>86</sup>. Aunque el jefe supremo de la aviación nacional, General Kindelán, pensaba que la calidad de estos alféreces provisionales «sólo sabían cómo morir heroicamente», él mismo no tenía duda alguna en anotar que «con esto, bastaba»<sup>87</sup>. El éxito de los *alféreces provisionales* del bando nacional fue paralelo a los logros de sus *sargentos provisionales*. Los sublevados instruyeron a decenas de miles de estos últimos cuya eficacia fue muy pareja a la de los alféreces. Incluso sus enemigos más declarados admiraron sus logros<sup>88</sup>.

<sup>80</sup> HOLMES, Richard: *Acts of War...* op. cit., p. 349.

<sup>81</sup> SCHEMP, Otto: *Das Autoritäre Spanien...* op. cit., p. 67. Los alemanes concluyeron con acierto que las bombas sobre objetivos urbanos no desmoralizaban a la población civil.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>83</sup> *British Documents on Foreign Affairs*, recogido en G. R. Esenwein, *The Spanish Civil...* op. cit., p. 140.

<sup>84</sup> SCHEMP, Otto: *Das Autoritäre Spanien...* op. cit.

<sup>85</sup> GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Alféreces provisionales...* op. cit., pp. 122 y 346.

<sup>86</sup> *Ibidem*.

<sup>87</sup> KINDELÁN, Alfredo: *Mis cuadernos de guerra*, Madrid, Plus Ultra, 1945, p. 163.

<sup>88</sup> LÍSTER, Enrique: *Nuestra Guerra...* op. cit., p. 90.

Los asesores soviéticos ejercieron una gran influencia en la planificación de las operaciones del Ejército Popular, pero la asistencia rusa en la formación de oficiales parece haber sido mucho menos útil para los republicanos de lo que fue el apoyo alemán para los nacionales. La República fue incapaz de producir miles de oficiales de complemento dispuestos a morir por ella. La formación de oficiales fue en general bastante deficiente en el Ejército Popular donde los candidatos adolecían de falta de interés y de disciplina<sup>89</sup>. Muchos candidatos se presentaban en las academias de oficiales para huir de los peligros del frente. Un estudiante estimaba que el ochenta por ciento de sus colegas utilizaba la academia «como un refugio donde esperaban permanecer hasta el final de la Guerra»<sup>90</sup>. Alguno pasó hasta seis meses de instrucción, un periodo inaudito en el bando nacional. Por otra parte, hubo un número importante de instructores militares innovadores y responsables en el bando republicano. En la Escuela Catalana de Guerra, los soldados realizaban maniobras con fuego real. Aunque este sistema de enseñanza causó cierto número de bajas, los cursos de sólo un mes obtuvieron soldados de reconocido valor. Durante su breve existencia, la Escuela de Infantería de Asturias produjo tenientes al mismo ritmo —y quizás con similar nivel— que los nacionales.

La República tenía una especial necesidad de cuadros de mando bien formados ya que menos del diez por ciento de los oficiales profesionales sirvieron en el Ejército Popular<sup>91</sup>. Los oficiales del bando nacional ganaron proporcionalmente muchas más medallas al valor y al coraje que los cuadros de mando republicanos. Así, estos últimos obtuvieron un diez por ciento del total de medallas, mientras que los franquistas llegaron casi al 30 por ciento, incluyendo muchas de las más prestigiosas condecoraciones<sup>92</sup>. También murieron en mucha mayor proporción —diez por ciento del total— en un ejército que se presentó siempre más unificado que el llamado *Ejército popular*<sup>93</sup>. Esta cifra era casi el doble de las bajas sufridas por las unidades carlistas y falangistas, situada en torno a un 6 por ciento<sup>94</sup>. Siendo, no obstante, más baja que el 15 o el 20 por ciento de caídos entre las tropas marroquíes<sup>95</sup>. El índice de bajas entre los alféreces también fue superado por

---

<sup>89</sup> Este párrafo se basa en gran medida en GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Tenientes en Campaña*, pp. 59-179. Sobre la incompetencia republicana para formar oficiales válidos, ver ROJO, Vicente: *Alerta los pueblos*, Barcelona, 1974, p. 47.

<sup>90</sup> GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Tenientes en Campaña... op. cit.*, p. 94.

<sup>91</sup> PAYNE, Stanley: *Politics and the... op. cit.*, p. 414.

<sup>92</sup> GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Tenientes en Campaña... op. cit.*, p. 238; GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Alféreces provisionales... op. cit.*, pp. 333-334.

<sup>93</sup> GÁRATE CÓRDOBA, José M.ª: *Alféreces provisionales... op. cit.*, pp. 42 y 85.

<sup>94</sup> COVERDALE, John F.: *Italian intervention in the Spanish Civil War*, Princeton, Princeton University Press, 1975, p. 398.

<sup>95</sup> MADARIAGA, M.ª Rosa de: «The Intervention of Moroccan Troops in the Spanish Civil War», *European History Quarterly*, 22 (1992), p. 80.



la Legión<sup>96</sup>, y en el bando republicano, por las Brigadas Internacionales que, a menudo, se usaron como fuerza de choque y sufrieron porcentajes de mortalidad del 33 por ciento<sup>97</sup>. Su contribución a la victoria en la defensa de Madrid en noviembre de 1936 les concedió un merecido renombre. A mediados de febrero de 1937, durante la batalla del Jarama, el Batallón Británico detuvo a alguna de las mejores tropas de Franco «lo que le sitúa entre las más impresionantes hazañas de la guerra moderna» pudiendo haber salvado de nuevo a Madrid de una conquista segura<sup>98</sup>. Las Brigadas Internacionales tuvieron mucho que ver en evitar una rápida victoria de los nacionales y en permitir que, en unos meses cruciales, la República pudiera poner en marcha al Ejército Popular.

Las excelentes actuaciones de varias unidades de elite en los dos bandos, contrasta vivamente con la desgana de otras muchas, si no la mayoría de las unidades españolas, para luchar. En el bando republicano, decenas de miles de soldados intentaron eludir su reclutamiento. La zona nacional asistió a una resistencia menor al reclutamiento por varias razones. La primera es que, como la Guerra perduraba, los sublevados parecían ir ganando y los quintos se mostraban, consecuentemente, menos dispuestos a evadir el servicio militar. En segundo lugar, la evasión del reclutamiento fue cada vez menor ya que las autoridades nacionales tuvieron excelentes fuentes de información sobre los paraderos de los desertores<sup>99</sup>. Por ejemplo, en abril de 1937, el *Diario de León* publicaba una carta escrita a Franco por siete madres de soldados de Guijuelo (Salamanca). Ellas declaraban que en su pueblo «chicos de entre 20 a 25 años pasean libremente dedicados a sus asuntos. Creemos que tendrían que servir a la Patria y pedimos respetuosamente que se haga justicia con ellos. Sus nombres están a la vuelta [de esta carta]»<sup>100</sup>.

Los nacionales no se vieron muy afectados por la actividad guerrillera. Sus mandos habían luchado en las guerras coloniales del Norte de África donde una retaguardia desprotegida había tenido una serie de desastres dramáticos<sup>101</sup>. Para asegurar sus retaguardias, los oficiales del bando nacional aterrorizaron a la población y se empeñaron en lo que algunos han denominado como una política de exterminio hacia los campesinos y trabajadores militantes<sup>102</sup>. No obstante, el terror es sólo una parte de la explicación. Asegurar la retaguardia también dependía de la habilidad de los sublevados para organizar una economía de guerra. La

<sup>96</sup> STRADLING, Robert: *The Irish and... op. cit.*, p. 93.

<sup>97</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 42. En el verano de 1938, el número de brigadistas internacionales era de 14.175.

<sup>98</sup> STRADLING, Robert: *The Irish and... op. cit.*, p. 166.

<sup>99</sup> CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra... op. cit.*, pp. 288-289.

<sup>100</sup> Citado en *Ibidem*, p. 108.

<sup>101</sup> BALFOUR, Sebastian: *Deadly Embrace: Morocco... op. cit.*, p. 295.

<sup>102</sup> MARTÍNEZ RUIZ, Elena: «El campo en guerra: organización y producción agraria», en P. Martín Aceña y E. Martínez Ruiz (eds.), *La economía de... op. cit.*, p. 134.

capacidad de los nacionales para alimentar y abastecer a las ciudades y pueblos conquistados contrasta con los fracasos en este sentido llevados a cabo por los contrarrevolucionarios chinos y rusos y, lo que es más importante, con los republicanos españoles<sup>103</sup>. El éxito de los sublevados a la hora de frenar la inflación y proveer las necesidades básicas de la población disminuyó la resistencia popular y redujo en mucho las tentativas guerrilleras.

La inmensa mayoría de los reclutas de ambos bandos sirvió sin entusiasmo alguno en las fuerzas armadas y cuando fueron reclutados intentaron evadirse de las obligaciones del frente<sup>104</sup>. En la zona nacional, algunos jóvenes se afiliaron a la Falange como fórmula —no totalmente equivocada— de evitar el servicio militar<sup>105</sup>. La gran excepción a esta norma general fue la conservadora Navarra. Un 10 por ciento de su población masculina se presentó como voluntaria y sus paisanos les abastecieron de todo con gran entusiasmo<sup>106</sup>. Al igual que en el Ejército Popular, donde las unidades de las Brigadas Internacionales llegaron a ser diluidas con la entrada de reclutas españoles mucho menos motivados, en el ejército del bando nacional las unidades marroquíes fueron completadas con reclutas ordinarios durante 1937 y, especialmente, en 1938<sup>107</sup>. Desde luego, los movilizados de forma obligatoria tenían menos interés en combatir que los voluntarios, y algunos de ellos —al menos antes de la segunda inspección médica general de mediados de 1937— habían conseguido con éxito evitar su reclutamiento alegando cojera, estatura baja, mala vista, problemas de audición o «inestabilidad mental»<sup>108</sup>. Un voluntario británico de la Legión se mostraba, en la primavera de 1937, espantado de la falta de espíritu de lucha de los reclutas españoles y por ello desertó<sup>109</sup>. Su experiencia fue muy similar a la de los que se habían enrolado en las Brigadas Internacionales y que cayeron en el desaliento al ver la cobardía de sus camaradas españoles al avanzar en la batalla.

Los sublevados procuraron no movilizar a quintas demasiado jóvenes o demasiado viejas —grupos de edades siempre más dispuestos a desertar y menos eficaces en el campo de batalla— como si hicieron sus enemigos republicanos. De una manera mucho más inteligente, la política de personal del bando nacional evitó la creación de situaciones de escasez de mano de obra, algo que se demostró con-

---

<sup>103</sup> MAWDSLEY, Evan: *The Russian Civil War*. Boston, 1967, p. 200; CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* *op. cit.*, p. 27.

<sup>104</sup> CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra...* *op. cit.*, p. 531.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 111.

<sup>106</sup> UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga...* *op. cit.*, pp. 143, 156 y 162.

<sup>107</sup> MADARIAGA, M.<sup>a</sup> Rosa de: *Los moros que...* *op. cit.*, pp. 271-272.

<sup>108</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* *op. cit.*, p. 214.

<sup>109</sup> THOMAS, Frank: *Brother against Brother...* *op. cit.*, p. 119.

traproducente en la zona republicana<sup>110</sup>. Además, los *franquistas* estuvieron menos dispuestos a eximir a los más jóvenes del servicio militar, evitando así la situación desmoralizante que se dio en el Ejército Popular donde se reclutó a hombres de más edad con hijos, mientras los jóvenes que estaban empleados en las industrias de guerra podían fácilmente quedar exentos<sup>111</sup>. Los nacionales, que tuvieron buen cuidado en no incluir en sus levas a los reclutas que superasen los 35 años, hicieron propaganda dirigida a los soldados republicanos de más edad, invitándoles a desertar con la promesa de que por su edad quedarían exentos de prestar servicio en la zona nacional. En mayo de 1937, cuando los sublevados reclutaron a sus quintas de mayor edad —29 años— se las destinó a unidades que estuvieran a suficiente distancia del frente y se les aseguró que permanecerían a salvo en la retaguardia. Incluso durante la batalla del Ebro, a fines de 1938, cuando más se necesitaban los efectivos humanos por parte de ambos bandos, Franco asignó 18 «batallones de veteranos» a los frentes sin actividad. El general Mario Roatta informó a Roma sobre los «numerosos casados de edad [que bajo su mando] no se mostraban muy combativos» indicando que las políticas de personal italianas no eran tan astutas como las de sus aliados nacionales.

Ningún análisis de la experiencia militar puede dejar de lado la batalla, el examen final de cualquier ejército. Si alguna batalla de la Guerra Civil española fue «decisiva», ésa fue sin lugar a dudas la del Ebro. Esta batalla mostró la habilidad de las unidades de elite de la República, predominantemente comunistas, para asumir un complejo ataque de un alto nivel técnico sobre un desprevenido enemigo. El Ebro había sido un frente tranquilo donde, a lo largo del río, los nacionales habían intercambiado alimentos por bienes manufacturados de la zona republicana<sup>112</sup>. El ataque del Ejército Popular en la noche del 24 al 25 de julio desbordó inicialmente al enemigo que no se resistió como en las batallas previas. Sin embargo, los insurgentes fueron capaces de movilizar rápidamente sus reservas que avanzaron enseguida contra un enemigo que pronto demostraría muy poca habilidad para maniobrar o infiltrarse en las posiciones nacionales<sup>113</sup>.

El eventual fracaso de la ofensiva puso de manifiesto los defectos de la logística republicana<sup>114</sup>. Como en el avance del ejército alemán durante sus ofensivas de la primavera-verano de 1918, los soldados republicanos, hambrientos, sedientos y agobiados por el calor insoportable demoraron su avance para aprovecharse del

<sup>110</sup> GÁLVEZ MUÑOZ, Lina: «Produciendo para la...», *op. cit.*, p. 469; CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra...* *op. cit.*, pp. 162-163 y 534.

<sup>111</sup> Buena parte de este párrafo sigue fielmente a CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra...* *op. cit.*, pp. 152-534.

<sup>112</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* *op. cit.*, p. 55.

<sup>113</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* *op. cit.*, p. 434.

<sup>114</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* *op. cit.*, p. 167.

tabaco, las bebidas alcohólicas, el calzado y la ropa que sus mejor abastecidos enemigos habían abandonado<sup>115</sup>. Muchos soldados del Ejército Popular cruzaron el río en frágiles e improvisados puentes o en pequeños botes inestables y después se vieron obligados a llevar pesados equipos de combate o cajas de munición durante más de 20 agotadores kilómetros<sup>116</sup>. Con uniformes, a menudo, andrajosos, la mayoría de los soldados calzaban alpargatas que resultaban poco apropiadas para proteger sus pies de las piedras, las zarzas, la humedad o el frío<sup>117</sup>. Sus raciones de alimentos y —algo importantísimo en medio del calor de julio y agosto— bebida eran muy escasas<sup>118</sup>. La mayor fuente de agua provenía del Ebro y su aprovisionamiento dependía de las recuas de mulas. Las tropas republicanas, inicialmente, calmaron su sed bebiendo el vino peleón que encontraban en las bodegas de los pueblos<sup>119</sup>. Tal sistema provocó indisposición y también intoxicaciones etílicas<sup>120</sup>. Alguno de los soldados de Enrique Líster, el jefe del Vº Cuerpo de Ejército, tomó la inusual precaución de guardar sus propios orines para beberse los más tarde, al enfriarse<sup>121</sup>. La disentería provocada por beber líquidos corrompidos no fue algo extraño<sup>122</sup>. Las sardinas en lata y, ocasionalmente, la carne rusa en conserva, con un poco de pan nutrían a los hombres pero también aumentaban aún más su sed<sup>123</sup>. Lo habitual era repartir para cada ocho soldados una lata de carne, tres de sardinas y cuatro bollos de pan<sup>124</sup>. Constituía todo un festín la carne de una mula que hubiera tenido la mala suerte de perecer por el bombardeo. Cuando los hombres se aventuraban a salir de sus posiciones protegidas e ir a campo abierto en busca de comida y bebida se arriesgaban a ser el objetivo de la aviación y de la artillería enemiga<sup>125</sup>. Un hambriento Jim Lardner—hijo del escritor, Ring, el último de los brigadistas internacionales americanos en morir en la Guerra— abandonó su parapeto para coger una manzana cuando un avión enemigo le ametralló<sup>126</sup>. Era más fácil permanecer en las trincheras cazando y guisando las ratas que, cuando se las sabía preparar, sabían muy parecidas al conejo<sup>127</sup>.

---

<sup>115</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 63; CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., pp. 96 y 124.

<sup>116</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 65; CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 74.

<sup>117</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., pp. 17 y 65.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p. 173; MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., pp. 83, 133 y 192.

<sup>119</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 123.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 174; MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 192.

<sup>122</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 323.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 188; MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., pp. 131, 203 y 221.

<sup>124</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 202.

<sup>125</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., pp. 100 y 143.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 100. Jim Lardner sobrevivió a esta herida pero morirá un mes después.

<sup>127</sup> *Ibidem*, p. 487.

Ciertas unidades republicanas alejadas del frente estaban mucho mejor vestidas y calzadas que sus camaradas del frente, una situación que llevó al general Rojo a quejarse directamente al Presidente del Gobierno Negrín<sup>128</sup>. A finales de julio y a lo largo de agosto, los pocos puentes que seguían en servicio tras los ataques de la aviación nacional eran cuellos de botella para el transporte de suministros y el traslado de los heridos<sup>129</sup>. Al final, ni tan siquiera había para ellos el agua limpia suficiente para limpiar sus heridas y a veces morían durante la penosa evacuación efectuada a lomos de mulas<sup>130</sup>. Sus camaradas abandonaban sus cuerpos sin sepultura a lo largo de este camino infernal<sup>131</sup>. Los hospitales de campaña no estaban preparados para hacerse cargo de un número tan alto de bajas<sup>132</sup>. Dada la inseguridad de las líneas de abastecimiento que atravesaban el río, algunas unidades tuvieron que esperar casi dos semanas hasta que consiguieron que les llegase su primera comida caliente<sup>133</sup>. Este refrigerio caliente tuvo lugar en medio de la oscuridad porque sólo de noche podía abastecerse a las tropas<sup>134</sup>.

La noche también fue el tiempo preferido por el Ejército Popular para dar golpes de mano o atacar con granadas<sup>135</sup>. Clausewitz ya había aconsejado contra las operaciones nocturnas ya que «el atacante nunca conoce suficientemente la defensa con la que se va a encontrar por su pérdida de observación visual»<sup>136</sup>. Aún así, el mando republicano parecía estar contento con los resultados, que le permitieron recuperar posiciones sin quedar machacados por la acción de la aviación y la artillería nacionales. Al empezar septiembre, comenzaron a llegar el tabaco y el correo<sup>137</sup>. La distribución de este último suponía el momento más esperado del día para un soldado, cualquiera que fuera su ideología<sup>138</sup>. No obstante seguía siendo muy difícil tomar un baño. Algunos republicanos se bañaron en el mismo Ebro, una aventura arriesgada debido a las fuertes corrientes y a los riesgos de resultar picados por los mosquitos portadores de malaria<sup>139</sup>.

Las fuerzas de Franco tenían menos problemas de logística, y sus condiciones sobre la higiene, el vestido, el calzado y el tabaco estaban muy por encima de la de

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>129</sup> *Ibidem*, pp. 89 y 203. CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 116.

<sup>130</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 125.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 198.

<sup>133</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, pp. 146 y 151.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 433.

<sup>136</sup> Citado en HOLMES, Richard: *Acts of War... op. cit.*, p. 123.

<sup>137</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, p. 302.

<sup>138</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 147; RAMÓN, Manuel de y ORTIZ, Carmen: *Madrina de guerra... op. cit.*, p. 86.

<sup>139</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, p. 373.

sus enemigos republicanos<sup>140</sup>. Sus caminos, libres y expeditos, apenas resultaron atacados por la aviación republicana<sup>141</sup>. Los camiones transportaron fácilmente reservas y artillería pesada al frente del Ebro<sup>142</sup>. Las fuerzas de elite nacionales superaron en número a las de sus adversarios y dispusieron de grandes contingentes de reserva en el verano de 1938. La infantería de los sublevados superaba a la republicana en una proporción de dos a uno y la artillería por veinticinco a uno<sup>143</sup>. Su aviación —que algunos han etiquetado como el «factor decisivo» en las batallas de 1938— era bastante superior<sup>144</sup>. Sus artilleros, que generalmente son los que más bajas causan y los que menos las sufren, poseían una enorme experiencia de combate<sup>145</sup>. Las armas nacionales eran más nuevas, estaban en mejores condiciones y dieron pocos problemas de funcionamiento. En general, los médicos y los camilleros evacuaron con toda diligencia a los heridos que siempre dieron testimonio del buen trato recibido en los hospitales de Zaragoza<sup>146</sup>. Los hospitales del bando nacional —instituciones donde los soldados podían «olvidar las chabolas del frente, limpiarse el barro y huir de sus miserables condiciones»— alcanzaron una merecida reputación<sup>147</sup>. Aún así, las tropas que tuvieron que encarar los ataques republicanos, especialmente las que combatieron en las colinas y en las montañas, quedaron a veces desabastecidas de alimentos y de agua y, al igual que sus enemigos, se vieron obligados a beber vino, lo único disponible para beber<sup>148</sup>. Incluso se lo llegaron a dar a sus mulos<sup>149</sup>. Tropas sedientas de ambos bandos se pusieron de acuerdo para acudir a beber en un pozo situado en tierra de nadie) hasta que sus oficiales acabaron con este acuerdo tan razonable<sup>150</sup>. Los nacionales suplieron su falta de camiones-cisternas transportando en camiones normales grandes bloques de hielo aislados con sacos<sup>151</sup>. Normalmente, disponían de agua, pan, mermelada, carne, leche, café y chocolate<sup>152</sup>. La Intendencia incluso pudo

---

<sup>140</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 270; DOMINGO, Alfonso: *Retaguardia: La Guerra...* op. cit., pp. 132-133.

<sup>141</sup> Los republicanos reunieron aviones soviéticos en España. Ver CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 58. Los nacionales usaron aviación italiana y alemana acabada.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>143</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 140.

<sup>144</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., pp. 101 y 197.

<sup>145</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., pp. 305 y 508.

<sup>146</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., pp. 448 y 504-505.

<sup>147</sup> ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana...* op. cit., p. 219; RAMÓN, Manuel de y ORTIZ, Carmen: *Madrina de guerra...* op. cit., pp. 128 y 188.

<sup>148</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., pp. 410 y 418; MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., p. 111; CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., pp. 137, 142 y 161.

<sup>149</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., p. 419.

<sup>150</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires...* op. cit., p. 267.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>152</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del...* op. cit., pp. 118 y 126; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio...* op. cit., p. 435.

aprovisionarlos de coñac y anís de marca y de barquillos<sup>153</sup>. Las madrinas de guerra enviaban a sus ahijados latas de almejas y de cangrejos. De hecho, las buenas comidas y las buenas ropas atraían a los reclutas<sup>154</sup>. En agosto y en otros momentos durante la batalla, las Margaritas distribuyeron dulces, licores y tabaco y en agradecimiento los jóvenes soldados les contaron sus historias de guerra<sup>155</sup>. Las tropas republicanas envidiaban al enemigo que tenía «de todo lo que ellos necesitaban»<sup>156</sup>.

Las ventajas en hombres y en material permitieron a los franquistas sostener hasta siete contraofensivas en el Ebro. Los republicanos habían concentrado sus mejores fuerzas y muchos de sus recursos sobre este río. Su debilidad constatada en la calidad y cantidad de tropas y suministros existentes en el Centro, Levante, Extremadura y Andalucía les hacía imposible el mantener más de una ofensiva simultáneamente y permitió a los nacionales transferir las tropas de los otros frentes<sup>157</sup>. Al aumentar espectacularmente las bajas, los soldados del Ejército Popular comenzaron a desertar en masa. Un decreto del 30 de julio ordenaba que aquellos que abandonasen sus posiciones, se hirieran a sí mismos o, incluso, que perdieran su fusil deberían ser pasados por las armas<sup>158</sup>. Cuando los brigadistas, que murieron en un porcentaje mucho mayor que los propios españoles, abandonaron el campo de batalla a finales de septiembre, fueron reemplazados por jovencitos (18-19 años) y por veteranos (mayores de 30 años), muchos de ellos prófugos, prisioneros y desertores que comparados con sus predecesores de origen extranjero no tenían el más mínimo interés por combatir<sup>159</sup>. Los soldados desmotivados del Ejército Popular tenían más miedo a sus camaradas que al propio enemigo. Los oficiales intentaron parar la sangría de hombres, pero muy a menudo fueron impotentes para evitarlo a pesar de que algunos pocos fueron fusilados y ajusticiados<sup>160</sup>. Algunos oficiales —plenamente convencidos de que estaban en el bando perdedor— también desertaron, desmoralizando a sus subordinados<sup>161</sup>. A diferencia de los nacionales, los republicanos emplazaron a sus soldados más leales para desanimar o parar la huida en lo posible<sup>162</sup>. La 11ª División de Lister creó unidades especiales en el frente y en la retaguardia cuya

<sup>153</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 188.

<sup>154</sup> *Ibidem*, pp. 132, 153 y 188.

<sup>155</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio... op. cit.*, pp. 464 y 540.

<sup>156</sup> MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, p. 143.

<sup>157</sup> NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio... op. cit.*, p. 417. El análisis comunista que suponía una conspiración traidora entre los republicanos no comunistas. Ver MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, pp. 290 y 331.

<sup>158</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 172.

<sup>159</sup> *Ibidem*, 133 y 290.

<sup>160</sup> *Ibidem*, 243 y 269; MARTÍNEZ REVERTE, Jorge: *La Batalla del... op. cit.*, p. 510.

<sup>161</sup> CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Aunque me tires... op. cit.*, p. 243.

<sup>162</sup> *Ibidem*, p. 209.



labor fue matar desertores<sup>163</sup>. A finales de octubre y principios de noviembre, muchos soldados republicanos se rindieron voluntariamente sin disparar un solo tiro<sup>164</sup>. Con frecuencia, un soldado nacional capturaba a un grupo entero de enemigos armados.

Las fuerzas de elite de Franco —profesionales no reclutados— soportaron el choque más duro de toda la lucha en los primeros dos años del conflicto. No será hasta 1938, cuando el Generalísimo comenzara a usar su nueva masa armada de cerca de un millón de hombres, aunque las tropas de élite todavía se hicieron cargo de muchos de los escenarios de guerra en las grandes batallas, incluyendo la del Ebro<sup>165</sup>. Quizás fue esta confianza en un número limitado de tropas de choque relativamente bien entrenadas y motivadas —Regulares, Legionarios, Requetés y Falangistas— y no tanto el propio deseo personal de Franco de monopolizar el poder lo que prolongó y ralentizó la Guerra. Los historiadores de corte político, diplomático o militar que han dominado tradicionalmente la historiografía sobre la Guerra Civil, han sostenido que Franco llevó deliberadamente a cabo una forma de hacer la Guerra muy cautelosa y lenta para consolidar su propio poder político. Este tipo de historia vista desde arriba subordina las experiencias de los soldados comunes a las actividades de sus mandos. Pero, aún así los hombres que lucharon para estos líderes no fueron fácilmente manipulados. Los soldados exigieron a sus superiores para que cumplieran el contrato no escrito que les obligaba a satisfacer sus necesidades y apetitos básicos, lo que hizo de la organización logística y de la planificación una prioridad absoluta. Atribuir la prolongación de la Guerra a un supuesto plan de Franco para subordinar toda la oposición política a su interés personal resulta menos probable que sostener que la falta de compromiso de muchos soldados de ambos bandos contribuyó a mantener una guerra de desgaste que finalmente fue ganada por el bando que fue superior desde el punto de vista logístico.

---

<sup>163</sup> *Ibidem*, p. 213.

<sup>164</sup> *Ibidem*, p. 315; NONELL BRU, Salvador: *El Laureado Tercio... op. cit.*, pp. 528-530.

<sup>165</sup> PAYNE, Stanley: *Politics and the... op. cit.*, p. 389; MADARIAGA, M.<sup>a</sup> Rosa de: *Los moros que... op. cit.*, pp. 273-274.